



EL CLUB

LAUREN ROWE

Dos destinos atormentados. Una provocación.

 Planeta

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Epílogo

Acerca del autor
Créditos

Este libro está dedicado a todas las increíbles mujeres que leyeron mi primera novela y respondieron de forma entusiasta. Nicky, Marnie, Lesley, Tiffanie, Colleen y Holly, además de mi madre, mi suegra y mi tía. Fue muy grato, aunque no me sorprendió, que mis mejores amigas disfrutaran el libro, pero no esperaba que a mi madre, a mi suegra y a mi tía les encantara. «A las mujeres mayores también nos gustan las historias sensuales», me explicó mi tía. Bien por ustedes. Muchas gracias a todas. Las quiero mucho.

Capítulo 1

Jonas

¿Nombre?

Inhalo y exhalo despacio. ¿En serio voy a hacerlo? Sí, claro que sí. Tan pronto Josh mencionó de pasada «El Club» cuando hace cuatro meses escalábamos el monte Rainier, supe que sería cuestión de tiempo para terminar frente a la computadora llenando la solicitud.

«Jonas Faraday», tecleé.

Al hacer esta solicitud, es indispensable adjuntar tres tipos de identificación distintas. El Club tiene una política estricta de «cero pseudónimos» al momento de la admisión. No obstante, es posible usar alias durante las interacciones con otros miembros de El Club, a discreción personal.

Qué bueno. Gracias. Pero me sigo llamando Jonas Faraday.

¿Edad?

Tecleo «30».

Proporcione una breve descripción personal.

«En muy buena forma. 1.85 m, 88 kg».

Espera. He estado haciendo ejercicio como enajenado el último mes. Entro al baño y me subo a la báscula. Regreso a la *laptop*.

«86 kg».

Al llenar esta solicitud, es indispensable enviar tres fotografías recientes a su agente de admisión. Por favor, incluya las siguientes: un retrato de frente, una toma de cuerpo completo en la que muestre su físico y una toma con un atuendo que acostumaría usar en público. Estas fotogra-

ñas serán resguardadas bajo un acuerdo de estricta confidencialidad.

¡Vaya! ¿En serio voy a enviar mi información personal y tres fotos mías a quién sabe dónde, para que las vea un «agente de admisión» desconocido y así poder entrar a un club de citas o club sexual del que no sé nada?

Suspiro.

Sí. Claro que lo haré. Aunque vaya en contra del sentido común, en contra de cualquier razonamiento analítico, e incluso si mi instinto me dice que quizá sea una pésima idea. Desde que oí a Josh hablar de El Club hace cuatro meses supe que lo haría.

—¡Es genial, hermano! —me dijo Josh, apoyando la punta del pie sobre una piedra y estirando la mano hacia un peñasco cercano—. Es el dinero mejor invertido de mi vida.

¿Era el dinero mejor invertido de su vida, tratándose de un tipo que maneja un Lamborghini? Esa era una reflexión que no podía ignorar. De hecho, gracias a la recomendación intrigante de Josh casi no he pensado en otra cosa desde aquella escalada. Aun cuando estoy en medio de la que podría ser una cogida épica con una sensual maestra de kínder o abogada o encargada de la barra del bar o azafata o banquera personal o estilista de perros o diseñadora gráfica o reportera jurídica o mesera o estilista o enfermera pediátrica o fotógrafa, lo único en lo que puedo pensar es en lo que quizá me estoy perdiendo al no pertenecer a El Club.

—Es como una sociedad secreta —me explicó Josh—. Hay miembros en cualquier lugar del mundo al que vayas, sin necesidad de aviso previo, y con quien te emparejan siempre es... *asombrosamente compatible* contigo.

Eso de «asombrosamente compatible» fue lo que me enganchó y me impidió pensar en otra cosa, no fue la parte de poder encontrar otros miembros en cualquier parte del mundo sin aviso previo. Todos sabemos que no tengo problema en encontrar una pareja sexual casi siempre que

quiero, en el lugar al que vaya, sin necesidad de ayuda ajena.

No me gusta ser cínico al respecto, pero las mujeres se me lanzan, supongo que por mi apariencia (eso dicen) y mi dinero (imagino), y a veces incluso por mi apellido (el cual no es ningún mérito). Jóvenes, viejas, casadas, solteras, sensuales, promedio, rubias, morenas, inteligentes, cabronas, curvadas o esqueléticas. Da igual. Al parecer puedo tener a la que yo quiera, con la misma facilidad con la que puedo ordenar «papas fritas con lo que sea» si así lo deseo. Y sí, en el último año cada vez lo deseo más, sin parar. Es casi como una obsesión. Y empiezo a odiarme por ello.

Antes de que se levanten en armas y empiecen a enumerar desde su pedestal moral a todas las mujeres a las que jamás podría llevarme a la cama, lanzándome argumentos como «nunca podrías cogerte a Oprah ni a la Madre Teresa ni a Chastity Bono antes de que se convirtiera en Chaz», permítanme dejar algo bien claro: puedo acostarme con cualquier mujer *que yo quiera*. Sin duda no puedo acostarme con todas las mujeres del mundo. Me queda claro que no podría conquistar a una monja ni a Oprah ni a una abuela de ochenta años ni a una lesbiana transgénero antes de su transición. Tampoco me interesaría hacerlo, si acaso lo dudan.

Lo que digo que es que si yo, Jonas Faraday, *quiero* que una mujer en particular se acueste desnuda en mi cama con las piernas abiertas, si eso es lo que *quiero*, si una mujer me hace voltear a verla y me genera una erección, o si me hace reír, o si me hace ver las cosas desde otra perspectiva, o quizá si no encuentra sus lentes oscuros y se ríe cuando se da cuenta de que los trae en la cabeza, o si se le ven las nalgas muy torneadas con un par de *jeans* ajustados —oh, sí, sobre todo si tiene un buen par de nalgas a las que pueda hincarles el diente—, sin importar quién sea, a la larga y por voluntad propia terminará desliziándose sobre mi cama como el hermoso ángel que es, abrirá sus sedosos muslos y, después de unos instantes de éxtasis mutuo, me rogará que me la coja.

Me encantaría poder decir que ese es el fin de la historia, pero por desgracia es imposible, pues el sexo nunca es el final de la historia para mí. Por eso necesito El Club. No puedo seguir yendo al mismo estanque con la misma caña de pescar, seguirla metiendo en las mismas aguas —sin importar cuán cálidas y seductoras sean— y seguir sacando las mismas pinches truchas, aunque sean carnosas y exquisitas. Ya no puedo más.

Si sigo haciendo lo mismo una y otra vez, de la misma manera que siempre, me voy a volver loco. Ya me pasó una vez, aunque en otra vida y bajo circunstancias completamente distintas. Por eso no estoy dispuesto a que me ocurra de nuevo. Lo que quiero es algo distinto. Algo brutalmente honesto. Algo *real*. Si la única forma de obtenerlo es ignorar mi buen juicio y ofrendarles un enorme sacrificio monetario a los dioses de la depravación, que así sea.

Por favor, firme la autorización adjunta que describe los antecedentes, el examen médico físico y el análisis de sangre requeridos de manera obligatoria para solicitar la membresía.

No hay problema. Es un alivio saber que todos los miembros pasan por una revisión rigurosa. Firmo en donde se me indica.

Orientación sexual. Por favor, elija de entre las siguientes opciones: heterosexual, homosexual, bisexual, pansexual, otra.

«Heterosexual». Fácil. Pero, por curiosidad, ¿qué diablos significa «pansexual»? Lo busco en internet. «Pansexual: atracción sexual sin limitación ni inhibición con respecto al género o al tipo de actividad». Ah, ya; todo se vale. Es un concepto interesante, aunque sea sólo desde un punto de vista filosófico, pero sin duda no me describe a mí. Sé exactamente qué quiero y qué no.

¿Sus fantasías sexuales incluyen violencia de algún tipo? De ser así, descríbalas a detalle.

«No». Un *no* enfático, categórico.

Considere que su inclinación hacia la violencia sexual o las fantasías de esa índole no influirán por sí solas en su

proceso de aceptación. Ofrecemos servicios altamente especializados y personalizados para miembros con gran variedad de intereses. Con el fin de satisfacer sus necesidades tanto como sea posible, le pedimos que describa todas y cada una de sus fantasías sexuales que impliquen violencia de cualquier índole.

¿Qué les pasa, imbéciles? Contesté con franqueza desde el principio.

«Ninguna».

Quizá debería pasar a la siguiente pregunta, pero siento la necesidad de ahondar en mi respuesta. «No hay nada que disfrute más que darle intenso placer a las mujeres, el placer más escandalosamente intenso que hayan experimentado en su vida. Pero no, mis fantasías nunca tienden hacia la violencia ni hacia infligir dolor. Me parece repugnante, sobre todo tratándose de la experiencia humana más placentera y sublime de todas». ¿A qué clase de enfermos sexuales dejan entrar a este club? Me arden las entrañas.

¿Practica actualmente BDSM o le interesa de algún modo la práctica de BDSM? Si es así, describa su interés o práctica de manera detallada.

«Nunca», tecleo, golpeando cada tecla con fuerza. Un recuerdo lejano amenaza con asomarse, pero lo obligo a regresar a su guarida. El corazón me palpita a toda prisa. «Mi absoluta falta de interés en el sadomasoquismo no es negociable en lo más mínimo».

Términos de membresía y pago. Elija una de las siguientes opciones: Membresía anual, 250 000 dólares; Membresía mensual, 30 000 dólares. Los pagos no son reembolsables, sin excepción alguna. Una vez seleccionado el plan de membresía, recibirá en un sobre por separado información para la transferencia de los fondos a una cuenta de garantía. El costo de la membresía deberá transferirse de inmediato como depósito en garantía una vez aprobada su membresía por parte de El Club.

¿Cómo era eso que solía decir mi padre? «Si no piensas en grande, mejor ni salgas de casa». Se moriría de risa en

su tumba si supiera que el hijo del que se burlaba por «blando» recurre al viejo adagio de su padre para elegir su tipo de membresía al unirse a un club sexual. «Supongo que te pareces más a mí de lo que pensé», diría. Casi puedo oír a su fantasma riéndose con malicia en mi oído.

No es la cantidad de dinero lo que me hace frenar un instante. Podría comprar cualquiera de los dos planes de membresía varias veces y mis contadores ni se inmutarían, pero estoy en contra de desperdiciar dinero, sea cual sea la cantidad. No obstante, si voy a hacerlo, lo cual es un hecho, ¿no tiene más sentido ahorrar contratando la membresía de un año entero? Paso las manos por el teclado. La rodilla me tiembla.

Pues sí, al diablo. Admito que es una locura y una irresponsabilidad gastar tanto dinero en un club, o servicio de citas, o lo que sea esta mierda, sobre todo tan a ciegas. Finalmente, soy Jonas, no Josh. No soy el gemelo que se compra autos deportivos italianos por capricho ni quien contrató a Jay-Z para su cumpleaños número treinta (que habría sido el festejo de ambos si me hubiera molestado en asistir). Aun así... suspiro. Sé muy bien lo que estoy a punto de hacer, sin importar el costo o qué tan fuerte grite la voz en mi cabeza que me suplica que pare.

«Membresía anual», escribo y exhalo sonoramente.

Por favor, incluya una descripción detallada de lo que lo inclinó a solicitar una membresía en El Club.

Cierro los ojos un instante, intentando acomodar mis ideas.

«Me encantan las mujeres», tecleo. Respiro profundamente. «Me encanta *cogérmelas*. Pero, sobre todo, me encanta hacerlas venirse». El descarado absoluto de mis palabras en la pantalla me hace sonreír. No hay otro contexto en el que afirmaría estas cosas con tanta franqueza.

«Tal vez se supone que debería decir que adoro el olor del cabello de una mujer, la suavidad de su piel y la elegante curva de su cuello. Sí, todas esas cosas son ciertas; no soy una especie de sociópata. Se sabe que en ocasiones he perdido la compostura por la inteligencia y el ingenio de

una mujer (y no lo digo con sarcasmo; de hecho, cuando se trata de mujeres, cuanto más inteligentes, mejor), o por una voz ronca o una risa estridente, o incluso por un destello de gentileza genuina en la mirada. Sí, todo eso me parece sumamente sensual. Pero, en mi opinión, el cabello de una mujer huele bien, y su piel es suave y seductora, o su risa es contagiosa únicamente como exquisito preludio de una sola cosa, del acto más honesto y primitivo y estúpidamente increíble que nuestros cuerpos están diseñados para hacer. Todo lo demás es preludio, mi amor, aunque glorioso preludio».

Respiro profundamente. Nunca antes había enunciado esos pensamientos. Quiero que esto salga perfecto; si no, ¿cuál es el punto de llenar esta solicitud?

«Desde que tengo uso de razón, siempre he admirado especialmente a las mujeres. Conforme fui creciendo, la admiración se tradujo en un potente apetito sexual, pero no era nada que no pudiera controlar. Era capaz de invitar a una mujer a una galería de arte o a un concierto o al cine o a cenar a la luz de las velas, y preguntarle con genuino interés sobre su trabajo, sus pasiones y hasta su amado perrito maltés mientras bebíamos una botella de *pinot noir*, y en ningún momento me sentí impulsado a exclamar: “Lo único que deseo es cogerte en el baño”».

Miro fijamente la pantalla. Estoy seguro de que sueño como un idiota, pero no puedo evitarlo. La verdad es la verdad.

«Pero luego, todo cambió. Hace como un año, tuve una cita romántica con una mujer muy hermosa, y cuando me la cogí después de la cena (no en el baño, por cierto), hizo algo que ninguna mujer había hecho antes frente a mí: *finjió*». Frunzo el ceño. «Fingió un estúpido orgasmo. Fue tan obvio que me sentí insultado y me enfurecí como nunca. El sexo no se trata de *complacer* a nadie ni de ser *educado*. ¡Ni que estuviéramos tomando el té con la reina de Inglaterra! Se supone que es la expresión más auténtica, más real y cruda y honesta y primitiva de toda la experiencia huma-

na. Y el orgasmo, por consiguiente, es el clímax, la culminación misma de esa honestidad».

¡Por Dios! Después de tanto tiempo, todavía me sigue molestando. Mi respiración es errática y me arden las mejillas. No puedo pensar con claridad. Necesito música. La música es lo único que me calma cuando tengo la cabeza a mil y el corazón me va a explotar. Cuando era niño, la terapeuta me enseñó a usar la música como mecanismo para lidiar con la ansiedad, y todavía me funciona. Abro el reproductor de la computadora, elijo *White Lies* de los Rx Bandits y escucho la canción un rato. Al poco tiempo, la música me tranquiliza y despeja mi mente, lo que abre la puerta a mis pensamientos y sentimientos embotellados y les permite volar con libertad. Sigo prestando atención a la música durante varios minutos, hasta que me calmo.

«No entendía por qué me había mentado», continué. «¿Por qué habría decidido terminar una excelente cogida (o la que yo creía que era una excelente cogida) de forma tan prematura y artificial, y arruinarse la posibilidad de tener un orgasmo? ¿Acaso era yo un amante tan terrible que prefirió ponerle fin al intolerable tedio antes que darse la oportunidad de *venirse*? Estaba fuera de mí».

Inhalo profundamente y exhalo despacio.

«Una noche, mientras daba vueltas en la cama y le daba vueltas al asunto, la verdad se me apareció de repente y se rehusó a soltarme. De pronto supe que me mintió precisamente porque sí, fui un pésimo amante con ella, y a ella le pareció tan inútil excitarse conmigo, le parecí tan inútil, que... ¿para qué intentarlo?»

»Eso habría bastado para empujarme a las tinieblas, a un lugar en el que ya había estado (y que no es nada agradable), de no ser por una cosa: sabía en el fondo que no me había esforzado *lo suficiente* para excitarla, a pesar de ser capaz de hacerlo. Me concentré sólo en mi propio placer, no en el de ella, y supuse que lo que yo sentía era mutuo. Cuanto más lo pensaba, más claro se volvía: había recibido mi merecido. Y estaba muy avergonzado por ello.

»Fue un parteaguas en mi vida. Desde entonces, me obsesioné y enfoqué toda mi atención en volver a acostarme con esa mujer, sólo que esta vez lo haría *excelentemente* y me aseguraría de que se viniera y tuviera un orgasmo como ningún otro. Quería enseñarle una lección sobre honestidad, pero sobre todo quería *redimirme*.

»Claro que aceptó salir conmigo de nuevo. De hecho, parecía emocionada al recibir mi invitación, a pesar de mi aparente inutilidad. Pero esa vez, cuando me la cogí, fui un hombre nuevo, un poseo, un *iluminado*, podría decirse, concentrado sólo en el placer ajeno y en nada más. El resultado fue explosivo. Su cuerpo entero se convulsionó y onduló contra mi lengua desde el interior, abriéndose y cerrándose con violencia como la puerta de un sótano que se quedó abierta durante un tornado. Y los sonidos que emitió esa mujer también fueron indescriptibles. Eran los ruidos más primitivos y desesperados que había escuchado jamás, completamente distintos al gemido plano con el que intentó disimular su apatía la primera vez. En esta ocasión fue una sinfonía orgásmica. Claro que había logrado que otras mujeres antes que ella se vinieran, pero nunca de esa forma. Nunca, nunca de esa forma. La tuve en la palma de la mano y la lancé por la borda, cuando yo quise, hacia un reino completamente nuevo».

El corazón me late a mil. Y tengo una enorme erección.

«Lo mejor de todo —la auténtica epifanía— fue que hacerla venir así me hizo venirme como nunca. Qué cosa. De hecho, empujar a esa sucia mentirosa hacia el éxtasis involuntario, hacerla rendirse a la verdad, a mí, a su placer, lo convirtió en la cogida más épica de toda mi vida, delirio que jamás había experimentado. Después de eso, quise sentir ese mismo delirio una y otra vez (no con ella, por supuesto; jamás con ella). Desde entonces, lo he perseguido como un caballo que corre desbocado con las anteojeeras puestas».

Respiro profundamente.

¿Todos estos balbuceos habían contestado la pregunta? ¡Mierda! No lo sé. Pero es lo mejor que puedo hacer.

«Esto fue lo que me trajo a El Club».

Miro fijamente la pantalla. Me encojo de hombros. Es todo lo que tengo.

Proporcione una descripción detallada de sus gustos sexuales. Para obtener la mejor experiencia posible en El Club, le pedimos que sea lo más explícito, detallado y honesto como sea posible. No se autocensure de ninguna manera.

Me tiemblan las manos encima del teclado. Esta es la pregunta que he estado esperando.

«Algunos hombres creen que acostarse con una mujer hermosa los acerca a Dios. Yo creo que deberían aspirar a más. Porque cuando hago a una mujer venirse como nunca en su vida, cuando la hago rendirse y saltar al oscuro abismo, no sólo me acerco a Dios, sino que *me convierto* en él. Al menos me convierto en *su* dios durante un instante todopoderoso y delirante».

Miro la pantalla. El roce de los pantalones contra mi turgente miembro es casi doloroso.

«Hacer que una mujer se venga, por lo menos de la forma a la que me refiero, es cuestión de arte. Cada orgasmo femenino es un rompecabezas único, un tesoro encerrado en una caja fuerte. Casi siempre, la mejor y más confiable forma de descifrar el código específico de cada mujer consiste en empezar por lamer y besar y chupar su punto más deleitoso, pero incluso esa supuesta garantía sólo funciona si, como yo, pones mucha atención a las señales especiales de su cuerpo y te ajustas a ellas en el camino. No basta con lamerla; hay que *aprenderla*. Por lo regular, después de unos minutos logro descifrarla del todo.

»Siempre sé que voy por buen camino cuando de pronto arquea la espalda de forma involuntaria y empuja sus caderas hacia mi boca, al tiempo que abre las piernas tanto como puede. Ahí es cuando sé que su cuerpo está preparándose para ceder ante mí y que estoy por derrumbar sus defensas. Sé que *ansía* con desesperación que teclee el código secreto».

Estoy muy duro. Cómo me encanta ese momento. Me mojo los labios de nuevo.

«Cuando se impulsa hacia mí y comienza a abrirse, me vuelvo voraz, miope, imparable. La lamo y la beso y la chupo cada vez con más fervor, y quizá incluso le doy unas ligeras mordidas, dependiendo de lo que me suplique su cuerpo, mientras ella sigue abriéndose y revelándose, extendiéndose y desplegándose, desatándose y rompiéndose. No hay nada más increíble.

»Brotó como una flor abierta y hermosa. La clave está en descubrir cuál es el instante exacto previo a que se caigan los pétalos, no un segundo antes ni uno después, porque a lo que yo aspiro —el Santo Grial, por llamarlo de alguna manera— es hundirme en ella en el instante mismo en el que al hacerlo la empuje al abismo. Tiene su chiste. Si lo hago demasiado pronto, quizá impida que se venga. Si me tardo demasiado, se vendrá sin mí».

Abro el cierre de mis *jeans* y libero a la bestia. Quiero masturbarme en este instante, pero deseo más plasmar mis pensamientos en la pantalla.

«Ella está en la borda, muy cerca, y yo estoy hecho un loco, como tiburón en pleno frenesí. Finalmente, como por reflejo, ella se *estremece* en mi boca, sensación tan exquisita que con frecuencia sueño con ella, y sé que su cuerpo se está meciendo en la orilla, colgando de un hilo, ansiando dejarse caer, de no ser porque su mente la frena antes de obtener lo que desea, muchas veces porque tiene complejo de niña buena o baja autoestima (siempre hay alguna explicación psicológica). Sea lo que sea, su mente está impidiendo la absoluta rendición de su cuerpo al intenso placer que anhela experimentar.

»Pero nada me detendrá. Ella se aferra a mí, da bocanadas de aire, mientras el placer se acumula y se transforma en una agonía que ya casi no puede contener. Solloza, gime, se retuerce. Y yo también estoy prendidísimo, tanto que casi no me puedo contener. “¡Cógeme! ¡Por favor! ¡Te lo ruego!”, suele decir. O algo parecido. Pero no lo hago,